



Carta abierta a Carmen Mejía Alonso Zamora Vicente en mi recuerdo

Jesús Sánchez Lobato¹

Recibido: 10 de julio de 2017 / Aceptado: 4 de octubre de 2017

Resumen. Se destaca en esta colaboración la importante labor de Alonso Zamora Vicente como maestro de vida, se señala su desencanto de la sociedad española y, por último, se describe la andadura vital del autor a través de los relatos contenidos en *Cuentos con gusano dentro*.

Palabras clave: Alonso Zamora Vicente; *Cuentos con gusano dentro*.

[en] Open letter to Carmen Mejía Alonso Zamora Vicente in my memory

Abstract. This article highlights Alonso Zamora Vicente's important contribution as a master of life. It also states his disenchantment with the Spanish society and it describes his literary career through the short stories of *Cuentos con gusano dentro*.

Keywords: Alonso Zamora Vicente; *Cuentos con gusano dentro*.

Sumario: 1. Don Alonso, maestro de vida; 2. La andadura vital de Alonso Zamora Vicente a la luz de *Cuentos con gusano dentro*; 3. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Sánchez Lobato, J. (2015). Carta abierta a Carmen Mejía. Alonso Zamora Vicente en mi recuerdo, en *Revista de Filología Románica* 32. Núm. especial, 125-131.

1. Don Alonso, maestro de vida

Mi querida Carmen, me pides que escriba unas palabras sobre mi relación personal con Alonso Zamora Vicente y, además, me lo requieres con machacona insistencia, ya que, según me recuerdas casi a diario, he agotado todas las fechas comprometidas, aunque, según intuyo, no tu paciencia.

La razón de que tales folios no hayan llegado a tus manos es fácil de explicar: me cuesta, me resulta casi imposible poner en unas cuartillas tal cúmulo de vivencias –se sobreentiende: las mías–; me resulta del todo imposible plasmar siquiera alguna: todas ellas, y son muchas, pertenecen a mi ámbito privado y prefiero, por

¹ Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid
Email: jesuslob@filol.ucm.es

tanto, que me sigan acompañando mientras mi memoria sea capaz de retenerlas. No tendría, pues, sentido alguno difundirlas ya que abarcan facetas muy amplias de nuestro azacaneado vivir y se refieren a esferas complejas del ser humano en sociedad. Y, al margen de toda consideración, se circunscribirían a transcribir anécdotas de mi amistad con don Alonso. Y eso –entiéndase bien– no le interesa hoy a nadie, no por el lado de Alonso Zamora Vicente, sino, como es lógico, por el mío. Acepta, pues, aunque sea “muy a última hora” y, –como administrativamente se transcribe– fuera de plazo, estas cuartillas en donde te intento explicar el porqué de mi decisión y de mi tardanza en hacértelo saber.

Como muy bien sabes, la vida de Alonso Zamora Vicente fue fructífera y rica, muy rica, en vivencias sociales, culturales y personales. Puedo comentar al respecto, siguiendo la estela de lo que han dejado escrito discípulos suyos (en las universidades de Santiago, Salamanca, Madrid, etcétera), que te hacía ver y pensar por ti mismo; y de este modo eras tú quien transformaba lo vivido, lo pensado en savia nueva. Quienes lo tratamos somos testigos de que poseía la rara habilidad de insinuar otros mundos posibles, otros grises o blancos, otras miradas, a veces muy diferentes a las ya conocidas. Su compañía, su charla te abría siempre nuevos horizontes, te presentaba nuevas aristas de la realidad, de la sociedad española: España y su historia (sobre todo sus gentes: su educación y cultura social) estuvieron siempre presentes en él. No olvidemos que sus maestros en el Centro de Estudios Históricos estuvieron muy próximos en formación a la Institución Libre de Enseñanza; a ello hay que sumar sus propias vivencias de la guerra civil en el bando republicano y la larguísima –para él– postguerra.

Y puedo afirmar que su fe en la sociedad española (él siempre deseó una sociedad más culta, más educada, más justa) fue declinando según iba cumpliendo años y, añadiría –siempre por mi cuenta–, cómo observaba con aterrador desasosiego que la “mala educación”, “la poca o nula estima por la cultura” –no solo por la de altos vuelos sino por la auténtica, la cultura enraizada en el pueblo que fue siempre la que le importó–, y la nula capacidad de los españoles para entenderse impregnaban, con criterio ensordecedor, “todo” el quehacer de la sociedad española. Y, por consiguiente, orillaban el trabajo sosegado y callado, el de las gentes que sí se entregaron a construir una sociedad mejor.

2. La andadura vital de Alonso Zamora Vicente a la luz de *Cuentos con gusano dentro*

Tú, al igual que yo, has explicado por doquier que, en los relatos de AZV, encontramos perfectamente plasmadas relaciones humanas que, a su vez, se circunscriben a la vida real del propio escritor, y que dichas relaciones nos informan con nitidez de la andadura vital de Alonso Zamora y de sus circunstancias. Una relectura de *Cuentos con gusano dentro* nos coloca al narrador Alonso Zamora Vicente (1998) como un observador certero de la sociedad española de su tiempo, y, ante la situación creada y su contexto, el narrador –a veces AZV prefiere quedarse al margen escuchando–, con la fina ironía que le caracteriza, nos devuelve en plenitud lo narrado, como si fuera una parcela de nuestra vida, para que nosotros, los lectores, nos sintamos plenamente partícipes de la acción que se relata y rechacemos o nos identifiquemos con las diferentes aptitudes de las personas que van interviniendo en los diálogos,

las más de las veces diálogos truncos que devienen en monólogos; todo ello aparece plenamente organizado por medio de la palabra que vivifica y caracteriza a las personas del coloquio.

En los relatos que aparecen en el volumen ya citado, *Cuentos con gusano dentro*, siempre escuchamos la voz del narrador –incluso cuando esta emerge desde de la polifonía verbal creada–, por muy al margen y calladito que se encuentre el autor-narrador. Tal recurso estilístico es el cauce del que se sirve el narrador para presentarnos de forma inequívoca sus puntos de vista sobre la sociedad española y de cómo quisiera él que fuera. Y de cómo le duele que la “vulgaridad” y la “confrontación” se hayan instalado en la compleja red social de la España que aparece en sus relatos. Que no es otra que la que le tocó vivir.

La impronta unamuniana, desde la perspectiva técnicoestilística, permite transmitirnos un difuso autobiografismo que inunda sus siempre abiertas narraciones. Los personajes están próximos a él, pertenecen a su cronología vital, incluso el propio autor aparece como un personaje más de sus relatos. Sin embargo todos ellos tienen su propia voz, muy diferente a la del narrador real: “[...] Se han independizado de mi tutela, ya no son míos. Su habla, derramada a borbotones –nos dice AZV en el “Prólogo” a *Historias de viva voz*– (1995), apasionada e incongruente, arropada por la simpatía de la emoción, los sostiene en pie, olvidados de mí, orgullosos al sentirse autónomos. Están inmersos, totalmente, definitivamente inmersos en sus desamparos, esclavizados por su propia voz”.

A lo largo y ancho de sus cuentos, su “voz” se escucha nítida pese a la fluencia verbal de sus creaciones y pese a la esperpéntica ironía que se trasmite desde sus diálogos y monólogos. La sorna, desde la distancia, provoca en múltiples casos un humor soterrado producto de la reflexión que origina la puesta en acción de los personajes. Como a él le gustaba escribir, por sus páginas desfilan gentes: personas extraídas de los diferentes estratos sociales con los que el autor ha tenido que convivir. Luego leer alguno de los cuentos escritos por Alonso Zamora Vicente implica volver a escuchar su voz, volver a escuchar al maestro.

Te propongo, pues, que me acompañes en este camino para que de este modo oigamos su voz:

[...] Creo que estas gentes, dice AZV en el a modo de prólogo de *Cuentos con gusano dentro*, “Buscar un título a un libro...”, que charlotean aquí detrás, al fin y al cabo intentan confesarse, no quieren dar tres cuartos al pregonero ni proclamar, al amigo y al enemigo, sus íntimos agobios. No: aunque gritan y se revuelven sin reposo, nunca saltan las barreras del pudor, cuentan, de antemano, con una confiada aquiescencia. Algunos lectores se me han quejado, y lo han escrito en muy elevadas circunstancias, de que mis páginas son, tercamente, iliterarias: no se encuentra nunca en ellas una palabra exquisita (asclepiadeo minor, telangiectasia, adiabático). Una turba que solo dice palabras que rezuman villanía (papá, tabardillo, pendejo) no tiene derecho a hablar en público ni a verse impresa (Zamora Vicente 1998:5-6).

En cuanto a los asuntos que se recogen en *Cuentos con gusano dentro*, Alonso Zamora apunta:

[...] Los temas (esa candidez del hombre de la calle) y la forma de exponerlos (ese falaz diálogo-monólogo que se encarrila directamente a desaguar soledades, sin esparcir ni

hallar aliento ni consuelo), ya han asomado la cara en otras publicaciones... [...] Pero nuestros problemas y nuestros horizontes son muy diferentes y la lengua que los cuente también ha de ser diferente. No nos vale la de otros. Hablamos con equivocaciones, con caprichosa sintaxis, con silencios, a borbotones, astillando las frases cada dos por tres... Es muy raro y muy congajoso privilegio fijar esta lengua en páginas y verla ir alimentando su frescura día a día, en tanto que nosotros sentimos, en nuestra propia carne, el enojoso runrún de la carcoma del tiempo, sonando y destruyéndonos (Zamora Vicente 1998:6-7).

Como puedes observar por lo escrito anteriormente, me he apartado sustancialmente del tema que me habías encargado y he derivado en proponerte una relectura de alguno de sus relatos. Te aseguro que no es peor opción, porque volver a escuchar su voz, a partir de la lectura de alguno de sus cuentos, supone conocer de primera mano el pensamiento del autor en todo lo que ha acontecido en la sociedad de su tiempo, –caminar por sendero seguro siempre es importante–; y, por consiguiente, tal opción me facilita el camino para hilvanar unos renglones que suplan lo que tan encarecidamente me has estado pidiendo en los últimos meses. Sin embargo, creo que no es momento de repetir lo ya dicho en otros lugares sino el de salir “al balcón de la plaza” para percibir la fina ironía que se gasta “el viejales ese de la calle de las Cercas, que es académico”, presente en el cuento, pero muy calladito siempre –y como él solía repetir: “encorvado y con el brazo por encima de la cabeza no fuera que se perdiera algún mamporro y se lo encontrara” (por lo bajinis les diré que resaltaba lo de “encorvado” no fueran a pensar que estaba realizando algún saludo habitual por aquellos años en España)–; te decía que “el viejales...” está presente, muy presente (y calladito) en los diálogos que dan forma a sus relatos: donde la fluencia verbal de sus criaturas ha estallado en gozosos monólogos a partir de la palabra. El habla de nuestras gentes se erige en la verdadera protagonista del relato al levantar con su portentosa sintaxis los hechos narrados.

Espero, pues, tu comprensión, y, por supuesto, vaya por delante mi gratitud por tu benevolencia y aquiescencia. Aceptadas mis excusas y aceptado, asimismo, el nuevo rumbo de estas líneas, estoy en disposición de pergeñar por el camino indicado el folio prometido. Y ahora sí, ahora sí que espero que lleguen a tus manos. El uso que des a estas letras será de tu incumbencia. Quiero, por tanto, recordarte que, en “Buscar un título a un libro...” en *Cuentos con gusano dentro* (1998), Alonso Zamora Vicente escribe:

El gusano que aparece en todos los viajes de estas páginas, sea cual fuere su destino o alcance, es un viejales jubilado y entrometido, que, será manía de los muchos años, no se resigna a estarse callado y habla, y habla, y habla, y orea las memorias, y revela sucedidos ajenos, y evoca muchos amargores pasados, y rehace esas intensas, breves alegrías que siempre quedan por allá lejos, donde y cuando Dios quiso, y... y... En fin de cuentas: hace compañía a ratitos a tanta gente como, sonriendo y todo, no se atreve a desplegar su atroz desamparo (Zamora Vicente 1998:8).

Me parece que en dicho volumen, uno de los últimos publicados en vida del autor, el pesimismo del narrador, del *gusano*, se ha adueñado de la narración y su propia tristeza se agranda por la realidad social española que le rodea y que él percibe como muy alejada ya de los intereses y anhelos de su juventud y de lo que él

–y su generación– habían soñado para España. No olvidemos que en el año 36 Alonso Zamora Vicente tenía veinte años y que había sido educado en la esfera cultural de la regeneración cultural y científica propuesta por los institucionistas. Lo cierto es que en *Cuentos con gusano dentro* la ironía, como recurso dialéctico, se mezcla, se yuxtapone con el humor de recia raigambre intelectual; y lo dicho, ya que todo lo narrado se construye mediante el diálogo, aparece en el umbral del esperpento. La escritura de Alonso Zamora Vicente siempre nos sorprende por su dramatización, por su facilidad para la alternancia de los turnos de palabra, aunque se solapen, por su vis cómica, por su frescura comunicativa, por su dominio del idioma, sobre todo de la sintaxis, aunque nos hayamos fijado con demasiada frecuencia en el léxico del coloquio. Llegado a este punto de mi reflexión, he de destacar sobremanera en sus creaciones literarias la sintaxis de español, no solo cómo hablan las personas de sus narraciones, sino cómo se expresan en su totalidad. Es, sin duda alguna, el escritor de su tiempo que mejor ha sabido plasmar la sintaxis –la forma de hablar en su totalidad–, con sus pausas, y sus cadencias, y sus acentos del español actual.

Te decía que, a poco que pasemos las hojas de *Cuentos con gusano dentro*, nos encontraremos con alusiones al propio AZV. En general, podemos afirmar que es un viejales irónico y socarrón que se presenta como testigo, como notario de los hechos narrados. El propio título nos lo atestigua. Así en “Planificación familiar”, la primera referencia a AZV, desde el diálogo entre una joven embarazada y doña Clemencia, le describe del modo siguiente:

[...] Y ahora que caigo, dicen por ahí que ese jubilado que se ha venido a vivir al pueblo, parece gente ilustrada, hace lo posible y lo imposible por amaestrar a tu padre... ¿Se nota alguna mejoría...? ¡Ah, don Alonsito, el que pasa por académico...! Cuando el cura le dijo a mi padre que ser académico es como asomarse a una ventana de la plaza esperando ver América, pues que le toma a cachondeo... ¡Vamos, que no hay apaciguamiento que valga! Es un buen hombre, el jubilado, pero un latazo, un rollo, como dicen ahora. Para lo nuestro, nada de nada. ¡Qué va a saber ese chorras...! (Zamora Vicente 1998:12).

En “Buen muerto, mejor epitafio”, AZV es el notario que da fe de la transgresión fantástica que origina una socarrona sonrisa: “[...] El cronista jubilado del pueblo, don Alfonsito, *el madrileño*, es el autor del plan general de la fiesta. [...] El tal don Alfonsito nos ha salido un tipejo aprovechado” (Zamora Vicente 1988: 22). En “Robertito, un chaval tan simpático” AZV se convierte en un referente, ausente físicamente del monólogo, pero imprescindible para la narración:

[...] Pues que allí estaba sentado ese señor... señor... ¡Ha sido catedrático! Tiene nombre de provincia, o de pueblo... Sí, mujer, sí, está jubilado y a veces escribe en los periódicos, así, muy enrevesado... Bueno, usted le conoce. [...] Pues que nos tratamos mucho, de sentarnos aquí casi todos los días, y me cuenta cosas de su vida, se ha debido de mover bastante y, claro, los huesos ahora van y protestan... ¡Sabe la mar! De cuadros, de ciudades, de ríos, de manifestaciones, y hasta escribe cosas muy escandalosas, así, riéndose de medio mundo (Zamora Vicente 1998:32).

En “Don Javier, tan sabio, tan pelmazo...” nos lo presentan, al hilo de lo narrado, como persona que nunca se metió con nadie, pero como un “plumilla” que se ganaba la vida escribiendo para los demás:

[...] El tito Javi era corresponsal de varios periódicos fundamentalistas, incluida la sección infantil. Escribía en los suplementos dominicales sutiles narraciones, algo desvergonzadas, la verdad. Y esto sí que va a ser una sorpresa, ya lo verá: esas quisicosas de los domingos aparecían con seudónimo: empleaba el nombre de otro académico, tan cargante como él, Alonso Zamora, al que atizaba tres duros por cada firma, fíjese, menuda bicoca, usted me contará. El tal académico sabiazo tiene ya casa propia en La Granjilla, a mansiniestra camino de Francia, con árboles grandotes y toda la pesca... (Zamora Vicente 1998:43).

Te subrayo que las referencias sobre Alonso Zamora Vicente, que te he transcrito, vienen avaladas por sus propios personajes, por personas que lo conocieron y charlaban con él, libres en su expresión y apegadas al momento histórico que les tocó vivir. En todas ellas, Alonso Zamora Vicente es el primero en poner en solfa su persona, en trascender lo narrado sobre su propio “yo”, en distanciarse de lo narrado mediante la ironía y el humor próximos al esperpento. Alonso Zamora Vicente es uno más. Es uno de ellos. En “¡Estos pobres diablos...!” AZV se nos presenta de vuelta del más allá, de una visita que

[...] Por cierto: al salir, vi el cuartito reservado a tu vecino, el sapientón. Han reproducido el aula donde explicó aquí hasta su jubilación y, desde la tarima, un diablón gordinfla y bronquítico le repetirá todas las lecciones que ha largado aquí. Van incluidos los exámenes. Comprenderás que no hay diablo que aguante semejante tortura, por muy disciplinado que sea. Así que... Avisale, a tu vecinito, a lo mejor conoce algún mejunje para excitar la paciencia... Coincidió con él en el viaje de vuelta, por lo visto también él había ido a curiosear, debe de tener algo de remusguillo ante el salto definitivo... [...] Le expulsaban de mala manera. Ya te he contado, creo, que no hay demonio capaz de repetirlo, ¡toda una eternidad!, todo lo que ha querido enseñar aquí... Es filólogo, o algo así, no sé bien qué sea esa monserga, pero los diablos se reían hablando a gritos de diptongos, dialectos, no sé, ya te digo, deben de ser enfermedades nuevas, quizá contagiosas y no las cubrirá allí la Seguridad Social, digo yo. De añadidura, cuando le examinaban, parece que les hacía trampas a granel, y lograba engañarlos y enfadarlos, lo que va contra los reglamentos. Y se veía que inventaba truquitos solo para fastidiarlos, para llevar a los satanases por la calle de la amargura. [...] Y para final de fiesta, fue a dar con sus huesos en un prado asturiano y las vacas, al no reconocerlo, le recibieron de uñas, y anda el hombre por ahí, de hospital en hospital, recibiendo sahumeros y cataplasmas a diestro y siniestro. Ya ves, con lo bien que podía estar allí, sin tener que pensar en los colegas... ¡Hijita, no sé qué más puede pedir, si le han colocado una plaquita dorada en la puerta del aula, con sus iniciales y todo: A.Z.V. (Zamora Vicente 1998: 51-52).

Sí, creo que es cierto que Alonso Zamora Vicente viajó al más allá en vida y llegó a la conclusión siguiente: “No se debe de estar mal, al menos mal del todo, y más si por aquellos andurriales uno se encuentra a los suyos y, además, puede jugar al parchís; en mi caso con mi padre”. Pero volvamos al presente, “Hay cada momia perdida por ahí...”:

[...] Así se explican las tremendas sequías que nos zampamos, y el que los pantanos se azolven. “¿Azolven...? ¡Oye, qué mandanga es esa...?” “Chico, yo tampoco lo sabía, pero, a ver, desde que ando con gente que sabe... Algo se me pega. Quiere decir que se

llenen de tierra, de arrastre, que se ciegan, vamos. Don ese, don... don... ¡Lo tengo en la punta de la lengua...! Don... ¡Sí, hombre, el viejales ese de la calle de las Cercas, que es académico...! ¿Caes...? ¡Ese! Pues ese lo dice mucho lo de azolvar, y también le he oído parasíntesis, y verborrea, y andancio, y livinrrum, con mucha erre... Esta última me parece que no significa nada, se trata de un taco de familia. Claro, a su edad, ya se sabe, la fosforera se reblandece... (Zamora Vicente 1998:63).

No me quiero alargar más: las palabras referidas a Alonso Zamora son suficientes para mostrarnos la permanencia y virtualidad del maestro. No está demás que te diga que, tras una nueva lectura de alguno de los cuentos de Alonso Zamora Vicente, siempre me viene a las mientes un gozo irreplicable por escuchar su voz, siempre aleccionadora, siempre cálida, siempre susurrante, a la vez que un cierto desasosiego...

Un abrazo
Jesús Sánchez Lobato

3. Referencias bibliográficas

Zamora Vicente, Alonso (1995): "Prólogo", in *Historias de viva voz*. Madrid: Alianza Editorial

Zamora Vicente, Alonso (1998): *Cuentos con gusano dentro*. Palma de Mallorca: Bitzoc.